

LAS MEMORIAS DEL ALMIRANTE WILLIAM D. LEAHY COMO CLAVE INTERPRETATIVA DEL ALUMBRAMIENTO Y CONSOLIDACIÓN DEL PARTIDO POPULAR DEMOCRÁTICO

CARLOS I. HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ

* Parte de este ensayo se presentó en el Foro “El almirante William D. Leahy, artífice del Gibraltar caribeño en los albores del Partido Popular Democrático”, celebrado el 14 de febrero de 2002 en el Teatro General de la Universidad de Puerto Rico en Ponce.

Tení 6 años de saludable y traviesa niñez la primera vez que visité el Museo de Arte de la señorial ciudad de Ponce. Recuerdo con nostalgia que fuimos escoltados por el “Scout Master” de la tropa de niños escuchas de Aguadilla. La treintena de diminutos niños vestíamos de azul marino interrumpido por franjas amarillas incandescente y, desde luego, el número de la tropa, el 133. De la espiral de recuerdos inexactos, recuerdo haber visto dos cuadros que me dejaron boquiabierto y extasiado. El primero, “La caridad romana,” una hija que amamantaba al padre condenado a muerte y el segundo “La pelea de los perros,” como el título sugiere se trataba de un cuadro de tres perros, dos de los cuales peleaban por un caballo muerto, mientras el tercero devoraba el equino de la disputa.

En su ensayo: **Semiótica de la cultura**, Yuri M. Lotman afirma que: “La cultura está dirigida esencialmente hacia el olvido, supera el olvido convirtiéndolo en uno de los mecanismos de la memoria”.¹ Parece ser que el almirante William D. Leahy, muchos años antes de salir a la luz el ensayo de Lotman, advirtió que la histórica experiencia como gobernador de Puerto Rico por espacio de dieciséis meses, estaba destinada al olvido, y el olvido -- según la tesis anunciada arriba -- convertiría su memoria en un mero mecanismo. La astucia y la sagacidad del viejo almirante, curtido a la sazón, en la Guerra Hispanoamericana y varias escaramuzas en Centroamérica y el Caribe, halló su ansiado

antídoto contra la corruptible memoria, precisamente en la *memoria*, aquélla que el **Diccionario de la Lengua Española**, define como: “libro o relación escrita en que el autor narra su propia vida o acontecimientos de ella”.²

Esta relación escrita de acontecimientos, que el Diccionario define de manera sucinta, es incapaz de proveer la rigurosidad académica que unas memorias de este tipo requieren, a la hora de calibrar, contextualizar, e interpretar el contenido de las mismas. Confrontado con esa rigurosidad académica, Jorge Rodríguez Beruff el editor del libro: **Las memorias del Almirante William D. Leahy**, ubica las mismas “en un período de poco más de un año, enmarcado entre su cese en el cargo de Chief of Naval Operations y comienzo de su retiro por un lado, y su asignación como embajador en la Francia de Vichy hasta mediados del 1942.” Se trata pues, como dice Beruff, “de unas memorias sobre el período de la Segunda Guerra Mundial, la cual comenzó poco días antes de estrenarse Leahy como gobernador de Puerto Rico.” (Memorias de Leahy, p.48)

La metodología de estudio empleada por dos importantes académicos puertorriqueños -- Rubén Dávila Santiago y Rosa Guzmán Merced -- en la difícil tarea de definir lo que son las memorias, llevan a Rodríguez Beruff a sostener que las mismas son: “un tipo de material testimonial y las mismas guardan una relación particular con la autobiografía.”



Añade de paso: que “las memorias constituyen una relación de eventos que no intenta ofrecer una historia completa, sino relatar los acontecimientos sobre un tema particular.”

Misterio, enigma e intriga son algunos de los adjetivos que delinear las historias tras las memorias de Leahy.

Tras varios intentos de publicación frustrada y con 46 años de silencio, las memorias del almirante: “Sailor’s Adventure in Politics”, aguardaron pacientemente en los depósitos amarillentos de la State Historical Society of Wisconsin, por un interlocutor que las desentrañara. Este mismo interlocutor halló una versión revisada de 1949 titulada: “Sailor in Puerto Rico, A Chronicle of 16 Months as Governor”.

Los recuerdos inéditos del Almirante van desde la orquestada represión nacionalista (contemplada en los Rainbow Plans)³ hasta la encomienda del presidente Roosevelt de transformar a Puerto Rico en un puesto militar de avanzada, y la organización del presupuesto de la Isla, bajo la Works Progress Administration. La aportación que estas memorias ofrecen al conocimiento académico dan cuenta del trabajo de uno de los gobernadores norteamericanos de mayor envergadura en la obra de modernizar y reformar la Isla en las postrimerías de los años treinta e inicio de los cuarenta del pasado siglo.

Las memorias del Almirante inician su recorrido histórico con el relato del momento en que el presidente de los Estados Unidos, Franklin Delano Roosevelt, lo seleccionó para ser gobernador de Puerto Rico. Entre la gama de recuerdos aleatorios que pululaban en la mente del Almirante a la hora de iniciar el difícil y complicado proceso de verter al papel sus impresiones de lo sucedido, estaban al menos cinco:

1. La histórica fecha del acontecimiento, (1 de marzo de 1939),

2. Las circunstancias que rodearon las mismas, (regresaba de una inspección de unas maniobras de la Flota del Mar Caribe),
3. El ambiente en que ocurrieron los hechos, (era de noche y se divisaban las luces de San Juan),
4. Su situación personal (habría de acogerse al retiro de las Fuerzas Armadas,
5. Su lealtad para con el presidente la cual no permitía que su situación familiar se interpusiera (por lo que aceptó el nombramiento sin consultarlo con su esposa, la señora Leahy).

Develado el telón de fondo que da inicio al histórico relato, la trama de las memorias se pasea ahora, entre la cotidianidad del Almirante, y las instrucciones y responsabilidades que debía seguir como gobernador. Su llegada a la Isla estuvo marcada por una reunión con su fatídico predecesor, el Mayor General Blanton Winship, quien le instruye acerca de lo que acontecía en Puerto Rico y de la existencia “de un grupo de autoproclamados Nacionalistas que incluía a unos asesinos fanáticos que habían intentado sin éxito matarlo a él y al Juez Cooper del Tribunal de Distrito de los Estados Unidos.”

Al tanto de las acciones de los patriotas del patio, el espíritu aventurero y fanfarrón del almirante Leahy no demoró en salir a escena. Casi de inmediato sucedió que las hollywoodenses películas del oeste americano parecieron obnubilar la visión de éste y en una reunión con un periodista norteamericano de tendencia liberal, le comunicó cuál sería su curso de acción en el caso de que algunos de los nacionalistas lo pusiera en peligro; “si alguno de los patriotas intenta asesinarme, no tendría más problemas en este mundo porque estaría muerto antes de pestañear”.

Del tétrico derroche de arrogancia, el

almirante organiza sus memorias bajo el subtítulo: "Breve esquema histórico de Puerto Rico". El apartado al que hacemos referencia no es sucedido a través de la trama por ningún otro. Esto nos lleva a sugerir que tal vez el protagonismo del gobernador parecería concurrir con la tesis histórica del romano Tito Livio. Este en su obra **Ab Urbe Condita**, considera la Historia como una pieza aleccionadora, en otras palabras como maestra de la vida. En ese sentido la ubicación que hace Leahy de su participación en el esquema histórico da la impresión de estar frente a un individuo que, en su afán de protagonismo utiliza la historia como un instrumento ideológico en que su imagen alcanza ribetes mesiánicos, lo que tiende a convertirlo en el custodio augústeo de la moral de la época.

Una vez determinada la forma de hacer historia del almirante, Leahy no deja lugar a dudas de su intención moralizadora cuando señala lo siguiente: "Puerto Rico es tremendo problema". Ese "tremendo problema" de orden social y económico hay que resolverlo y quién mejor que el almirante para buscarle una solución.

El panorama general existente en Puerto Rico en las postrimerías de la década del treinta era el de una sociedad diezmada por décadas de latifundio, depresión económica y miseria. La mayoría de los puestos de trabajos provenían de la

agricultura, especialmente la producción de caña de azúcar, tabaco, café, el cultivo de frutos menores y, en menor cuantía, de la industria de la aguja. El inicio de la guerra en Europa trastocó la débil infraestructura de los mercados locales que causó una merma en la producción. Ante lo señalado arriba: ¿Cómo podría la experiencia de un militar de la Marina de guerra de los Estados Unidos ponerle fin a los apremiantes problemas de desnutrición, desempleo y condiciones de salud imperantes en el Puerto Rico de los años cuarenta? La respuesta, bastante sorprendente, parece hallarse más adelante: "El alto valor estratégico que tiene Puerto Rico para la defensa de los Estados Unidos contra agresiones de ultramar es el resultado de ser el territorio más oriental bajo la soberanía americana."

La aseveración anterior evidencia por un lado, el derrotero que habría de seguir la Isla durante los años próximos a la Segunda Guerra Mundial y por el otro, la función que el almirante Leahy desempeñaría el tiempo que

estuviera en Puerto Rico. Revelado el "democrático" secreto de su selección como gobernador de la Isla, Leahy, haría todo lo posible por despejar cualquier situación (entiéndase de orden político o social) que pusiera en entredicho el alto valor estratégico que Puerto Rico representaba para la defensa de los



Estados Unidos contra agresiones extranjeras.

Con la típica arrogancia que caracteriza al militar poco culto y obediente de su empresa bélica, el recién impuesto gobernador reseña una actividad de recepción que en su honor fue celebrada en el Castillo de la Fortaleza. Describe el lugar como antiguo y muy deteriorado al que se personaron 1,500 invitados, presumiblemente de la élite oficial y social de la Isla. De las fastidiosas presentaciones sociales Leahy pasa a relatar la composición del gobierno y el estado de situación del país. Resulta interesante su comentario sobre nuestra realidad racial: “Entre la gente de buena sociedad existía una inquebrantable línea divisoría de color entre los blancos puros y los demás, pero sólo en cuanto a las relaciones sociales”.

Retomando el tema de su protagonismo en la historia que está contando, Leahy deja meridianamente claro su propósito como gobernador de la Isla: “El presidente conocía las espantosas condiciones sociales de la Isla. Me dio instrucciones verbales de hacer todo lo posible dentro del poder del Gobernador y del gobierno insular para aplicar medidas correctivas y utilizar el dinero disponible para ese propósito bajo la Administración de las Obras de Progreso para aliviar la miseria de las personas menos privilegiadas y mejora su nivel de vida.”

Tanta generosidad del presidente y del gobernador me conmueven. Pero el cinismo de mis expresiones queda confirmado en el próximo párrafo:

“También me dio instrucciones verbales de mantenerme bien informado sobre el progreso de las instalaciones militares y de la Marina que se estaban contruyendo en la Isla con el propósito de preservar la neutralidad de los Estados Unidos en el Mar Caribe, para proteger a América de un posible ataque de cualquiera de las naciones europeas que estaban en guerra; además de proveer toda la ayuda que estuviera disponible en el territorio que estaba bajo mi control.”

La sabiduría popular le llama a esa desinteresada generosidad: “dar del ala para comer de la pechuga”. Pero ¿a qué se refería Leahy cuando decía que: “además de proveer toda la ayuda que estuviera disponible en el territorio que estaba bajo mi control”? Bajo su imperial control, Leahy continuó la empresa iniciada por su predecesor Blanton Winship, en referencia a las presuntas amenazas de los Nacionalistas. Estas fueron las instrucciones que Leahy impartió al jefe de la policía Insular el coronel Enrique Orbeta: “Estos guardias tenían órdenes de disparar sin vacilar a cualquier persona que intentara matar al gobernador antes de que escapara”, pero sus advertencias no concluyen aquí, “Hice arreglos con él para permitir que se filtrara información de mis órdenes de que la policía debía disparar sin vacilar”. Más adelante sostiene: “En ocasiones hubo quienes llegaron a gritarme sobrenombres desagradables desde la oriilla de la calle, por lo cual fueron arrestados de inmediato y después de darles lo que era con toda probabilidad un discurso convincente sobre el comportamiento adecuado, eran liberados”. Me pregunto si ese “discurso convincente sobre el comportamiento adecuado”, tendría algo que ver con el derecho a la libre expresión, que debe existir en una democracia. No sé, pero algo me hace pensar que no.

Neutralizadas las fuerzas independentistas, la mirada de Leahy se habría de posar ahora sobre las demás fuerzas políticas del país. Serían el Partido de la Coalición y su presidente el Senador Martínez Nadal los segundos en probar la “diplomacia” de Leahy. Leahy estaba al tanto del poder que ejercía el presidente de la Coalición sobre los anteriores gobernadores, por lo que tomó medidas correctivas que lo distanciaran de esa esfera de influencias. ¿Cuáles serían estas medidas correctivas que Leahy había decidido implantar para mantenerse fuera del alcance de las influencias de uno y otro bando político?

La respuesta la obtuvo un político de

quien se decía que su ataque al orden establecido no se tomaba en serio y a quien el propio Leahy describía como un liberal de extrema izquierda: Luis Muñoz Marín. Leahy informa en sus memorias acerca de lo que le comunicó al futuro líder: “Tuve la oportunidad de informarle que las elecciones serían libres y bajo una protección adecuada de la policía, a lo cual respondió que eso era lo único que él necesitaba para ganar las elecciones. Todo parece indicar que la movida política de Leahy iba encaminada a sacarles la alfombra de debajo de los pies a los partidos políticos tradicionales, a los cuales indirectamente se les podría adjudicar alguna responsabilidad por el deterioro económico-social del país.

Me pregunto si la anterior afirmación de Leahy a Muñoz sería una propuesta solapada que avivó las esperanzas del nuevo líder, o acaso Leahy vio en la plataforma política de Muñoz alguna probabilidad de éxito para las reformas sociales que su gobierno impulsaba en Puerto Rico en su afán por erradicar los problemas que pusieran en riesgo la estabilidad que hacía falta para la militarización del país. La inexistencia de apuntes en sus memorias podría indicarnos que no, pero tal vez la inexistencia en los apuntes de un asunto de tanta envergadura podría ser clave para entender lo que no dicen los documentos. Me sospecho que la comunicación de Leahy sobre que “las elecciones serían libres y bajo una protección adecuada de la policía” pudo haber sido la clave que Muñoz necesitaba para asegurarse de que sus gestiones políticas no serían en vano.

Para poner en evidencia su mesiánica estadía en Puerto Rico el almirante Leahy concluye sus memorias con la presentación en detalle de sus contribuciones útiles a Puerto Rico durante sus meses de servicio como gobernador:

1. La prevención de algunos mal gastos (sic) de fondos públicos por la legislatura .
2. El logro de una elecciones

democráticas libres en las cuales no hubo intimidación a los votantes y hubo menos motines y derramamientos de sangre de lo que se esperaba. Insisto en preguntar: ¿Serían precisamente estas dos grandes contribuciones de Leahy a Puerto Rico, fundamentales para la llegada de Muñoz Marín al poder?

Después de 30 años de mi primer recorrido por el Museo de Arte de Ponce, siempre que lo visito – sin el uniforme de Boys Scout, claro está -- me detengo ante los cuadros arriba mencionados. Curiosamente, el cuadro de los dos perros que luchaban por devorar el caballo sirve para ilustrar a los partidos con posibilidad de triunfo: Partido de la Unión Republicana y Partido de la Coalición y, el tercero que, para sorpresa de aquéllos se dispuso a comérselos, podría servir de analogía para entender el inexplicable triunfo del Partido Popular Democrático en las elecciones de 1940. Cabe preguntar finalmente: ¿Resultó igual de sorprendente el triunfo del PPD para el experimentado Almirante William D. Leahy, quien tuvo a su cargo las negociaciones del Tratado de Yalta que puso fin a la Segunda Guerra Mundial?

NOTAS

¹Yuri M. Lotman. *Semiótica de la cultura*. (Madrid: Cátedra, 1979). Citado en "El tiempo de mi vida": Las funciones del tiempo en la historia oral, Alessandro Portelli, en Jorge Aceves Lozano. (Compilador) *Historia oral*. (México: Instituto Mora, Universidad).

²*Diccionario de la Lengua Española*, Real Academia Española, Vigésima Primera Edición, Tomo II, 1992, p.1,353.

³Conn Stetson, y Byron Fairchild, *The Framework of Hemisphere Defense*, (Washington D.C.: Office of Military History, 1960), p.8